



## Criticar a Nietzsche (sin sucumbir en el intento) Réplica a “Redimir a Nietzsche (por enésima vez)” de Mariano Rodríguez

José Manuel Romero Cuevas<sup>1</sup>

En un contexto como el del ámbito académico español, en el que la discusión libre y sin trabas de cuestiones teóricas es tan rara, tan inusual (lo cual define una de sus carencias fundamentales), resulta muy meritoria la lectura crítica que el profesor Mariano Rodríguez realiza de los argumentos de mi libro *¿Con Nietzsche contra Nietzsche?* Tengo que agradecer naturalmente a Mariano Rodríguez que se haya tomado en serio mi compilación de ensayos sobre Nietzsche y haya realizado esta discusión tan directa y clara de mi interpretación crítica de este pensador. Comparto con él el gusto por la discusión y la confrontación intelectual, que debería constituir el *medium* de la interacción en el ámbito académico, por eso he aceptado su propuesta de redactar una réplica a su crítica de mi libro. Confío en que las siguientes páginas sean leídas como una intervención (que en absoluto pretende decir la última palabra sobre nada) en una discusión cuyo tema es realmente *el pensamiento de Nietzsche y nosotros*, sus lectores de hoy, y que incumbe a toda persona interesada en la obra de este pensador y en la filosofía en general. Voy a tratar de responder a continuación a las críticas centrales de Mariano Rodríguez a mi lectura de Nietzsche.

### **Pero, ¿se trata de redimir?**

¿La meta de la interpretación de un autor, de la investigación sobre su pensamiento, es *redimirlo*? Ciertamente, esta no es la concepción que asumo del trabajo intelectual. Prefiero una visión más laica, más griega, una concepción *agonística* de la interpretación, según la cual la investigación sobre un pensador se realiza en el marco de una confrontación con sus ideas, de una discusión con sus posicionamientos. Ello resulta *inevitable*, puesto que la obra de los grandes pensadores, y Nietzsche es sin duda uno de ellos, constituye el terreno de enfrentamiento entre las diversas posiciones beligerantes en el campo filosófico. De manera que toda aproximación sería al pensamiento de Nietzsche no tiene más remedio que adoptar una determinada toma de posición teórica enfrentada a otras en el antagónico campo de la filosofía, en el que no se dirimen únicamente cuestiones teóricas. Por eso la discusión resulta inevitable: tanto con los demás intérpretes del autor en cuestión como, evidentemente, con el pensador mismo.

---

<sup>1</sup> Universidad de Alcalá

## ¿Y qué es ser nietzscheano?

El argumento de Mariano Rodríguez es que no soy suficientemente nietzscheano como para comprender y así poder criticar legítimamente a Nietzsche. Es un extraño argumento este: como si en el ámbito filosófico sólo pudieran criticar a Marx los marxistas o a Hegel los hegelianos (aplicado al ámbito político esto conduciría a la rocambolesca idea de que sólo podrían criticar a Stalin los estalinistas y a Hitler los propios nazis). Por mi parte, me vinculo a la concepción de la interpretación que sostiene que sólo comprendemos a un autor si podemos exponer en qué estamos de acuerdo con él y en qué no, lo cual implica que toda comprensión (lograda) es crítica. Pero, además, me cuestiono qué entendemos aquí por *nietzscheano*. Pues respecto a un pensador como Nietzsche, que nunca quiso para sí discípulos, seguidores ni apóstoles, sino *iguales*, interlocutores con los que dialogar y debatir en el mismo plano, no puedo representarme la cuestión de ser nietzscheano sino como la adopción respecto a su obra de la actitud del lector honesto que toma en serio las tesis y argumentos de su autor y se confronta con ellos, discutiéndolos. Y es un lector tal, que no es seguidista ni adulator, sino que toma posición ante cada una de las ideas de Nietzsche lo que este reclama precisamente (ver *La genealogía de la moral*, Prólogo, §8).

## ¿Utilizar argumentos morales implica ser cristiano (aunque uno no lo sepa)?

Uno de los asuntos que se discuten en el libro es la definición que Nietzsche da de la vida (y, por lo tanto, de la vida humana y de las relaciones intersubjetivas) como siendo *esencialmente* voluntad de poder, lo cual implica para él que “la vida misma es *esencialmente* apropiación, ofensa, avasallamiento de lo que es extraño y más débil, opresión, dureza, imposición de formas propias, anexión y, al menos, en el caso más suave, explotación” (*Más allá del bien y del mal*, §259). La argumentación de Nietzsche sería que la vida es esencialmente esto y esto es, por lo tanto, lo que la vida *debe ser*. De manera que todo intento de corregir o reformar este modo esencial de ser de la vida debe ser rechazado por nihilista, como menospreciador de la vida, como contrario a la vida (ver MBM, §259). De este planteamiento cabe una crítica inmanente, tal como voy a exponer al final. Pero también cabe una crítica que rebata a Nietzsche la tesis de que las relaciones intersubjetivas, más allá del estrecho círculo de iguales, deban ser necesaria e inevitablemente de opresión, imposición y explotación, reclamando frente a ello la validez de los principios de *igualdad, reciprocidad y simetría*. No como principios formales, abstractos, a los que remitirse como válidos dejando todo tal como está, sino como principios que deben ser aún instaurados en el plano socio-político y ello porque asumimos como justa la consideración de todos los individuos como ciudadanos iguales con los mismos derechos. ¿Es este un argumento moral? Sin duda. ¿Pero ello implica que aquel que lo sostiene lo hace por ser cristiano? Eso, que resulta más dudoso, es lo que parece sospechar Mariano Rodríguez (en una argumentación *ad hominem* ejemplar) cuando encuentra en mis argumentos “aroma de sacristía” (aunque modulada como aroma de “teólogo de la liberación”) o cuando se pregunta si aún no me he enterado de que, como Nietzsche sostuvo en su momento, “Dios ha muerto” o, finalmente, cuando me atribuye “criterios cristiano-marxistas”. Esta identificación de *moral* con *cristianismo* es a todas luces una consecuencia perversa de un modo de entender,

desde mi punto de vista, no adecuadamente matizado, la crítica de Nietzsche a la moral. Si la moral *es* cristiana, con el cristianismo lanzamos también por la ventana la moral, *toda posible moral*, con lo que nos desembarazamos de todo un conjunto de problemas y nos simplificamos las cosas como intérpretes de Nietzsche. A partir de entonces, los argumentos contra Nietzsche que toquen determinados temas percibidos como problemáticos los ubicamos en el bando cristiano y discusión zanjada. En todo caso, para mí, en cuanto persona atea, el enemigo no es el cristianismo como tal, sino la afirmación (haga quien la haga y en el contexto que sea: político, filosófico, científico) como necesarias, naturales, inmodificables, de las relaciones de opresión, imposición y explotación entre los seres humanos.

### **¿Un antagonismo entre verdad y vida?**

La concepción nietzscheana de la verdad constituye una temática compleja que ha generado multitud de interpretaciones, como bien sabe Mariano Rodríguez que, como yo, realizó su tesis doctoral sobre la teoría del conocimiento de Nietzsche. Por mi parte, coincido con los que consideran que, en la primera obra de Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, se formula una concepción de la verdad, vinculada con lo dionisiaco, como verdad terrible para el individuo, que remite a lo real como *desmesura* (Übermass), *hybris*. La verdad de lo real es *hybris*, lo cual significa que lo real aparece como caos informe, ante el que el individuo se ve obligado a reconocerse como mera *apariencia*. En la vivencia dionisiaca (en la embriaguez provocada por las sustancias estupefacientes, por la música, la orgía) el individuo es abierto a la verdad de lo real en estos términos, lo cual tiene para él efectos ambivalentes: por un lado, experimenta con goce la emancipación de los límites de la individuación, que lo contraponía a los demás individuos y a la naturaleza, pero por otro se ve enfrentado con terror con su inconsistencia ontológica, con su estatuto intrascendente, insustancial. Hay un lado terrible en esta verdad ontológica, que exige ser velado para que el individuo pueda subsistir. Tal es la función de lo apolíneo, que genera bellas apariencias que velan tal verdad (aunque manteniendo la conciencia de que tales apariencias son sólo apariencias) y, en relación al individuo, en cuanto principio ético, prescribe reinstaurar la apariencia de la individualidad a través de las prescripciones éticas apolíneas del cuidado de sí y del conocimiento de sí.

Desde mi punto de vista, el antagonismo entre verdad (la verdad de lo real como caos informe sin sentido) y vida puede ser rastreado a continuación en el resto de la obra de Nietzsche hasta el final. Formulado en estos términos, como conflicto entre una verdad que remite a lo real como absurdo y un individuo que necesita sentido para subsistir, creo que el planteamiento del problema de la verdad en Nietzsche puede ser entendido como preso de un posicionamiento más bien *tradicional*. Coincido con los que sostienen que en este punto encontramos en Nietzsche una forma de *ateísmo difícil*, para el que la muerte de Dios implica consecuencias ambivalentes para el individuo, algunas de ellas insoportables. Es en este contexto en el que conscientemente he utilizado formulaciones que a Mariano le parecen que despiden “aroma de sacristía”, como “criatura finita” o “la relación entre la existencia finita y la verdad del ser”. Para mí, el aroma de sacristía lo despiden el propio planteamiento de Nietzsche de la cuestión de la verdad. De manera que utilizo estas y otras expresiones claramente tradicionales para referirme a la posición de Nietzsche porque lo que

constato es que su planteamiento del problema de la verdad se mueve en un “plano metafísico-existencial”, es decir, *tradicional*.

### ¿Crítica inmanente o crítica externa?

Y llegamos a la objeción final de Mariano Rodríguez, una objeción de peso, que plantea que mi intento de realizar una crítica inmanente de Nietzsche está condenado al fracaso porque mi “sensibilidad (...) no es en el fondo nietzscheana”. De ahí el “carácter externo o trascendente” de mi crítica a Nietzsche. Esta me parece una importante objeción, pues apunta a la línea de flotación del libro. Efectivamente, reconozco que me falta empatía para tratar determinadas ideas del pensamiento de Nietzsche, como la voluntad de poder, el pathos de la distancia, la demonización de la compasión o el superhombre (sobre todo, esta última). En todo caso, el tipo de crítica inmanente de Nietzsche a la que apunta el libro no depende de tales empatías. Pues lo que se plantea es que al menos desde *Humano, demasiado humano* (aunque antes encontramos también pasajes formidables) el esfuerzo filosófico de Nietzsche se orienta a realizar una *historización* de la moral, de los valores, del conocimiento y la verdad, de los parámetros mismos de nuestra experiencia. La *filosofía histórica* proclamada en *Humano, demasiado humano*, defiende en efecto que “todo ha devenido; no hay *datos eternos*, lo mismo que no hay verdades absolutas. Por eso de ahora en adelante es necesario el *filosofar histórico*”. Tal es la pretensión posterior de la genealogía de la moral, a saber, efectuar una historización radical de los valores morales que abra el horizonte histórico a una transvaloración de los valores experimentada, gracias a la labor de historización, como posible. Es en virtud de este nervio central del pensamiento de Nietzsche, desde sus presupuestos más fundamentales, que resulta inaceptable su tesis de que la explotación constituye el “hecho primordial [*Urfaktum*] de toda historia”. Aquí el esfuerzo de historización se ha detenido de manera injustificada. Aquí Nietzsche practica sabotaje sobre sí mismo. Y para el lector de Nietzsche que lo ha seguido hasta esta conclusión es una cuestión de honestidad intelectual con este pensador poner de manifiesto la inconsistencia, la contradicción, con su propia pretensión. De este modo, lo que se trata de mostrar es que Nietzsche dispone de herramientas teóricas para invalidar tesis suyas políticamente nefastas, constatables como teóricamente inconsistentes *en virtud de los propios parámetros de Nietzsche*. Creo que, si cabe pensar una manera de *redimir* a Nietzsche, es precisamente ésta.